

"FERNÁN CABALLERO" O BÖHL DE FABER, CECILIA, (1796-1877)

HISTORIA DE LOS HOMBRES CÉLEBRES DE GRECIA

(Los Siete Sabios)

CAPITULO I

.º Tales

Ahora, niños míos, que hemos concluido la reseña de los héroes enaltecidos a semidioses entre los griegos, os daré noticia de los hombres más notables que ocupan un lugar en su historia, y cuyo nombre, por variadas causas, se ha hecho universalmente conocido y se conserva de generación en generación. Esta enseñanza debía seguir y completar las anteriores, y es casi tan necesaria como ellas.

Empezaré por hablaros de aquellos que merecieron la honorífica denominación de sabios y de filósofos; porque la filosofía entonces, y para aquellos paganos que carecían de la palabra divina y de la revelación (que es uno mismo), no era, como lo ha sido después para muchos espíritus que se apellidaron fuertes (pero que no eran sino extraviados), la enemiga, sino la predecesora del Cristianismo, la que vislumbrando por sólo las luces de la razón un solo Dios perfecto, creador y omnipotente, desechaba ya las monstruosas creaciones de la Mitología.

El primero de los sabios así denominados es, por su orden, Tales. -Nació en Mileto años antes de la Era cristiana. Hizo varios viajes para instruirse, y estuvo mucho tiempo en Egipto, donde estudió con los sacerdotes de Menfis geometría, astronomía y filosofía, y a su vez enseñó a aquéllos a medir exactamente sus famosas pirámides. -Volvió después a su patria, y fundó una secta filosófica, que se llamó Jónica. -Vivió noventa años, y nunca se casó: cuando su madre le instaba a que lo hiciese, contestaba cuando mozo: es demasiado temprano, y entrado en años: es demasiado tarde. Era en extremo distraído; en una ocasión, por alzar la vista para observar los astros, no vio una zanja y se cayó en ella; una vieja que esto presenció, le dijo: ¿Cómo queréis conocer lo que hay en el cielo si no veis lo que está a vuestros pies? Compuso tratados sobre meteoros, equinoccios, etc., que no se han conservado. He aquí algunas de sus máximas.

. Lo más antiguo que existe es Dios, porque es increado; lo más bello es el mundo, porque es obra de Dios; lo más grande, el lugar o espacio; lo más pronto, la inteligencia; lo más fuerte, la necesidad, y lo más sabio, el tiempo.

. Lo más difícil que hay es conocerse a sí mismo; lo más fácil aconsejar a otros.

. La felicidad del cuerpo consiste en la salud; la de la inteligencia, en el saber.

Cada uno de estos sabios tenía una figura o hieroglifo, que servía para distinguirlos entre sí. El de Tales era un sordo montado sobre una mula, con lo que significaba que abundan las cosas malas en el mundo, porque los sordos tenían fama de serlo y las mulas lo son.

.º Bías

Fue, según se dice, el más sabio entre los siete que merecieron este dictado. Nació en Priene, ciudad de Caria, y vivió por los años antes de la Era cristiana. No sólo tuvo renombre por su saber, sino también por la gracia y oportunidad de sus contestaciones y ocurrencias. Una vez que, estando embarcado, sobrevino una furiosa tormenta, oyó a hombres malos e impíos que en aquella ocasión imploraban a los dioses, y les dijo: - «Callaos, no sea que los dioses se aperciban que estáis vosotros en el navío». Cuando la ciudad fue sitiada, todos se apresuraron a salir de ella llevándose lo mejor que tenían; sólo Bías se alejó sin llevar nada, y cuando le preguntaron la causa, contestó: «Todo lo llevo conmigo».

Muy avanzado en años defendía en una ocasión una causa en el foro. Calló para descansar un rato, y al efecto apoyó su cabeza en el hombro de uno de sus hijos, y en esta actitud murió tranquilamente.

Éstas son algunas de sus sentencias:

. Lo más difícil es saber llevar un revés de fortuna.

. La esperanza es una adormidera que adormece las penas.

. Ya que el mundo está lleno de maldad, se debe amar a sus amigos como si algún día se hubiesen de aborrecer.

Su emblema es una red y un pájaro en una jaula, para dar a entender que no se debe responder de nadie.

.º Pittaco

Era natural de Mitilena, en la isla de Lesbos.

Se opuso al tirano Meleagro, a quien echó de Mitilena.

Combatió en la guerra contra los atenienses, y sus conciudadanos agradecidos le premiaron, dándole la soberanía de la ciudad, que gobernó como padre y como sabio. Instituyó leyes que puso en verso, y después dimitió el poder. Le quisieron recompensar dándole vastos terrenos; pero no admitió más que aquellos que alcanzaba el tiro de su ballesta, diciendo que admitir mucho era crearse envidiosos, y que no admitir nada parecía orgullo o menospreciar el favor.

Murió este sabio a los setenta años de edad.

Éstas son algunas de sus máximas:

. Nunca se debe decir lo que se proyecta hacer; porque si por cualquier motivo no se lleva a cabo, se expone uno a la burla de todos.

. El que no sabe callar lo que debe, no sabe hablar lo que debe.

. Hacedos amigos en la prosperidad, y probadlos en la adversidad.

. Tal cual seáis para con vuestros padres, tales serán para con vosotros vuestros hijos.

Era su emblema un dedo puesto sobre los labios, un ramo de neguilla, con estas palabras: «Nada de más», porque la simiente de esta planta tomada con moderación conserva la salud, y tomada con exceso envenena.

.º Cleobulo

Era contemporáneo y amigo de Solón. Viajó por Egipto para aprender la filosofía de aquellos sabios. No se sabe de éste, ni se conserva más que sus máximas.

Éstas son algunas de ellas:

. No salgas de tu casa sin darte cuenta de lo que vas a hacer, ni vuelvas a entrar en ella sin darte cuenta de lo que has hecho.

. No se debe desear mandar ni obedecer; porque suele convertirse el mando en tiranía y la obediencia en tedio.

. Se debe uno enfrentar y no dar rienda suelta a su libertad, mientras más propenso se sienta a hacerlo.

Su emblema eran unas pesas, símbolo que advertía que debemos pesar todas nuestras palabras y acciones.

.º Periandro

Era de Corinto; en el año antes de la Era cristiana usurpó el poder y fue un tirano atroz, cometiendo, a pesar de su sabiduría, toda clase de excesos y crímenes, hasta mandar que se le quitase la vida por infundadas sospechas a su mujer. Habiendo consultado al tirano de Siracusa sobre la manera más segura de gobernar, éste respondió a sus enviados poniéndose en un sembrado de trigo a cortar todas las espigas que sobresalían de las demás. Murió años antes de la Era cristiana, y si fue erigido en uno de los siete sabios de Grecia, a pesar de su mala vida, fue por adulación.

Fue amigo de las artes y del saber. Sus máximas, que él no supo aplicar, fueron, entre otras, éstas:

Los bienes de este mundo duran poco; sólo la virtud es eterna.

. Sé modesto en la prosperidad y prudente en la adversidad.

. Haz de buen grado lo que tengas precisión de hacer.

Su emblema era una mata de poleo con esta palabra: «Modérate», porque el poleo tenía fama de apaciguar la cólera.

.º Chilón

Fue eforo (que es magistrado), en Esparta, hacia los años antes del nacimiento de Cristo. Tuvo siempre una vida conforme a sus principios. Habiéndole escrito Periandro que iba a ponerse al frente de un ejército para invadir su país, le contestó: que se pusiese en seguridad en su corte, y que un tirano debía contemplarse feliz cuando no moría por el hierro o envenenado. Este sabio fue el que mandó grabar con letras de oro en el templo de Delfos estas máximas: «Conócete a ti mismo. -No desees nada que sea demasiado ventajoso». Dícese que murió de gozo al saber que su hijo había ganado un premio en los juegos Olímpicos. Éstas son algunas de sus sentencias:

. Lo más difícil que hay es guardar un secreto, saber emplear bien su tiempo y sufrir injurias sin murmurar.

. Honra los ancianos; no murmures jamás de los muertos.

. Ansía más por ser estimado que no por ser temido.

Su emblema era un espejo, que significaba que no hay nada más provechoso que conocerse a sí mismo.

.º Solón

Solón nació en Atenas años antes del nacimiento de Cristo. Después de haber estudiado con mucho provecho, viajó, y a su vuelta halló a su patria destrozada por disturbios civiles. Fue Solón elegido arconte o supremo legislador por unanimidad, y aun quisieron hacerlo rey, lo que rehusó. -Una de las cosas que instituyó en Atenas fue un tribunal de justicia, en el que fallaban las causas los legos después de discutidas por los letrados, lo que presenciado por un sabio de Escitia, llamado Anacarsis, le hizo exclamar: «Me sorprende que a los sabios se deje la deliberación y a los necios la decisión».

«Solón dio muy sabias leyes a aquella república; pero aburrido de ver que no se seguían, determinó ausentarse y viajar. Llegó a la corte de Cresos, y este rey tan afamado por sus riquezas, las ostentó todas a los ojos de Solón, y le preguntó después si había conocido hombre más feliz que él; a lo que contestó Solón: Sí, señor; lo fueron más dos hermanos que conocí, llamados Cleobis y Bitón; fueron modelos de amor fraternal y de cariño materno. Era su madre sacerdotisa de Juno, y en una ocasión, estando ya subida en el carro, y tardando en llegar los bueyes que habían de tirar de él, para que no esperase su madre lo hicieron ellos y la condujeron al templo. Su madre, enternecida por esta prueba de cariño y de respeto, suplicó a los dioses que concediesen a sus hijos la mayor felicidad de los mortales, y aquella misma noche murieron ambos suave y tranquilamente.

Cuando volvió Solón a su patria la halló de nuevo dividida en bandos, como era consiguiente a aquel gobierno; de estos disturbios se aprovechó Pisístrato para tomar despóticamente el poder. Solón echó en cara su conducta, así al pueblo como a Pisístrato, y se retiró a la corte del rey Filocipro, en la que murió a los años.

Una de sus sentencias era: Dejemos a los demás las riquezas, pero apropiémonos la virtud.

El atributo de Solón es una cabeza de muerto o calavera: porque su máxima era que es necesario que una persona haya fallecido para juzgar si ha sido feliz.

CAPITULO II

Licurgo

Licurgo, legislador de los lacedemonios, era hijo de Eunomo, rey de Esparta y hermano de Polidecto que reinó después de su padre. La viuda de éste ofreció a Licurgo que se casase y reinase con ella; pero éste rehusó, contentándose con ser el tutor de su sobrino Carilao, hasta que llegado a la edad requerida subió al trono, que fue años antes de la Era cristiana. A pesar de su noble y austera conducta fue calumniado, y se ausentó de Esparta. Viajó para estudiar las leyes y costumbres de otros países. Al regresar de sus viajes dio Licurgo a los lacedemonios leyes justas, severas y sabias, aunque entre ellas las hubo que merecieron justa crítica, como fue la que ordenaba matar a toda criatura que naciera con

alguna imperfección en su cuerpo. Dícese que para obligar a los lacedemonios a la constante observancia de las leyes que había establecido, les hizo jurar de no variarlas y seguirlas hasta que volviese de un viaje que iba a emprender. Conseguido esto, partió para Creta, en donde se quitó la vida, dejando encargado que se echasen sus cenizas al mar, temiendo que si su cuerpo fuese trasladado a Esparta, los lacedemonios no se creyesen ya ligados por el juramento que se habían hecho.

Hay otro Licurgo que fue un renombrado orador ateniense.

CAPITULO III

Sócrates

El famoso Sócrates nació en Atenas años antes de la Era cristiana. Fueron sus padres un escultor y una partera, por lo cual más adelante, y cuando fue maestro de tan aventajados discípulos como Platón, Alcibíades y Jenofonte, se llamaba a sí mismo el partero del entendimiento.

Empezó por ser escultor como su padre, y se conservaron tres estatuas que representan las Gracias, debidas a él, que eran muy hermosas.

Critón, que fue uno de sus más apasionados discípulos, lo sacó de su taller, a fin de que se pudiese dedicar exclusivamente al estudio. Tuvo por maestro al famoso Arquelaos (discípulo de Anaxágoras). Siendo joven fue a la guerra, como todos los atenienses, y se acostumbró desde temprano a una vida sobria, laboriosa y dura. Sucedió, pues, que cuando veía el lujo que otros gastaban, decía: «¡Qué de cosas que ni necesito ni echo de menos yo!». Puesto que Sócrates, no sólo era pobre, sino que gustaba de serlo. Mas no por eso gustaba del desaliño, sino del aseo y compostura; por lo cual dijo un día a Antístenes, que llevaba con ostentación vestidos sucios y desgarrados, que por los agujeros de su capa asomaba la vanidad. -Casó con una mujer de pésimo genio, llamada Jantipa, que puso a prueba su paciencia y moderación en muchas ocasiones. Una vez que por más que lo había insultado no había logrado alterarlo, le arrojó a la cabeza el agua de una jofaina; pero Sócrates, sin perder su serenidad, sólo le dijo: «Después de tanto tronar había de seguir el aguacero».

Sócrates era un hombre tan superior, que reconoció los dislates y falsedad de la Mitología, y sin la revelación comprendió que no había ni podía haber sino un solo Dios verdadero, criador de cielos y tierra, y se burló de los ridículos dioses de la fábula; esto fue la causa de su muerte. Acusado por Melito ante el Areópago, fue condenado por éste a muerte. Cuando se lo dijeron, contestó: «La Naturaleza ha condenado a mis jueces a la misma pena». Lamentándose sus discípulos de que moría inocente, les dijo: «Pues qué, ¿preferiríais que muriese culpable?» Sus discípulos, a fuerza de afanes y de dinero, facilitaron su huida de la cárcel; pero él no quiso huir, y bebió con la serenidad que nunca le abandonó una copa de zumo de cicuta que le trajo el verdugo. Las cosas que dijo antes

de morir fueron tan bellas y admirables, que, recogidas y anotadas por sus discípulos, han dado lugar a que algunos Padres de la Iglesia le hayan llamado «mártir de Dios». -Ésta, es una de ellas: «Al salir de esta vida se abren dos sendas: la una lleva a un lugar de suplicio eterno a las almas que se han mancillado en este mundo con acciones criminales y placeres vergonzosos; la otra conduce a la feliz mansión de Dios a las que se han mantenido puras y que en cuerpos humanos han llevado una vida divina». -Murió a los setenta años de edad.

CAPITULO IV

Platón

Platón nació en Atenas, de ilustres padres, años antes de la Era cristiana. Llamáronle al principio Aristocles; pero su maestro en la palestra le puso por nombre Platón por lo ancho de hombros que era. Desde su infancia dio muestras de tener una imaginación viva y brillante. A los años se hizo discípulo y apasionado de Sócrates, al que denominaba el «Cisne de la Academia»; aprovechó tan bien las lecciones de su maestro, que a los años pasaba por un sabio consumado. Después de la muerte de Sócrates viajó mucho para instruirse. A su vuelta se estableció en un arrabal de Atenas, denominado de la Academia, en donde estableció la suya de filosofía platónica, que formó tantos discípulos.

Este gran maestro en el arte de pensar, lo fue igualmente en el de hablar y de escribir. Estudió y tomó mucho de Homero, lo que hizo que se le apellidase el «Homero de los filósofos». También le apellidaron, a causa de su bello lenguaje, «*apis attica*» (abeja ateniense), y la posteridad le dio el dictado de «Divino», a causa de la belleza de la moral que enseñaba, que fue tal, que de ella se ha dicho que, aunque humana, había preparado a los griegos a recibir la divina del Evangelio. Su modo de vivir era sobrio y frugal, y su temperancia le proporcionó una sana y larga vejez. Murió a los años, en el mismo día en que había nacido, antes de la Era cristiana.

CAPITULO V

Aristóteles

Aristóteles, que mereció el sobrenombre de «Príncipe de los filósofos», nació en Estagira, ciudad de Macedonia, el año anterior a la Era cristiana. Su padre, Nicómaco, era médico, y murió cuando más necesaria era su tutela para su hijo, así fue que se entregó éste a una mala vida y se hizo guerrero; pero abandonó luego su carrera para seguir su inclinación a los estudios. El oráculo de Delfos le prescribió que fuese a Atenas, lo que hizo, y entró en la escuela de Platón, cuya gloria fue. -Para estudiar comía y dormía poco, y cuéntase que para no dormir cogía en la mano una bola de bronce, que cuando lo vencía el sueño se escapaba de su mano, despertándole luego el ruido que producía al caer.

Cuando murió Platón, sentido de que no fuese a él, sino a su sobrino Espepesipo, a quien dejase por sucesor en la enseñanza, se fue a Atarna con su amigo Hermias.

Cuando Alejandro *el Grande* tuvo catorce años, su padre Filipo encargó a Aristóteles de educarlo, en estos términos: «Tengo un hijo, escribía, y doy gracias a los dioses, no tanto por habérmelo concedido, como porque ha sido en tiempo de la vida de Aristóteles. Espero que haréis de él mi digno sucesor, y un rey digno de serlo de Macedonia».

Las esperanzas de Filipo se cumplieron. Cuando Alejandro emprendió sus conquistas, Aristóteles regresó a Atenas, donde fue recibido con los honores debidos al preceptor de Alejandro y al primer filósofo de aquel tiempo, y le dieron el Liceo para que estableciese allí su escuela. Enseñaba por lo regular paseándose, por lo cual fue denominada su escuela o sistema de Peripato o de Peripatéticos.

La pasión que tuvo por su mujer Pitáis lo llevó, cuando ésta murió, a tributarle el mismo culto y a hacerle los mismos honores que tributaban los atenienses a Ceres, lo que sabido por su sacerdote Eurimedón lo denunció. Aristóteles, recordando la suerte de Sócrates, huyó a Calsis. Murió a los años, de un cólico, otros dicen que envenenado, dos años después de la muerte de su discípulo Alejandro. Dejó una hija, que casó con un nieto de Demurato, rey de Lacedemonia, y un hijo llamado Nicómaco, para el que escribió sus libros de moral. -Éstas son algunas de sus sentencias:

- . Lo que más pronto envejece es un beneficio.
- . La filosofía nos enseña a hacer voluntariamente lo que los otros hacen obligados a ello.
- . La esperanza es el sueño de un hombre despierto.
- . Seamos amigos de Sócrates y de Platón; pero seámoslo más de la verdad.

CAPITULO VI

Heráclito

Hay dos célebres filósofos griegos de los que seguramente habréis oído hablar, niños míos, porque el uno siempre se representa riendo de todo, y el otro, por lo contrario, llorando. -Este triste, que no será el que vosotros preferáis, ni yo tampoco, es Heráclito. - No por eso creáis que simpatizo con su contrario Demócrito, niños míos. -En este mundo, ni se puede llorar por todo, ni menos reír.

El célebre filósofo Heráclito nació en Efeso años antes del nacimiento de Nuestro Señor. Era melancólico, y lloraba sin cesar por las aberraciones de los hombres. Esta tendencia, unida a su estilo enigmático y oscuro, hizo que le apellidasen el «llorón» y el filósofo «tenebroso». Compuso varios tratados, entre ellos uno sobre la Naturaleza, en que decía

que el mundo era formado por el fuego y que después de varias transformaciones se disolvería en fuego. Eurípides envió una copia de este tratado a Sócrates, y éste respondió: «Que lo que había podido comprender en él era muy bueno, y que suponía que lo que no había comprendido lo sería también».

Darío, rey de Persia, le escribió una carta muy atenta convidándolo a ir a su corte; el filósofo rehusó groseramente como un patán. Dicen que, irritándole cada día más el trato con los hombres, se retiró a los montes para vivir sólo de vegetales en compañía de las fieras. -Este género de vida le causó una hidropesía, de la que quiso curarse enterrándose en estiércol para sudar, lo que le ocasionó la muerte a los sesenta años de edad.

Una de sus bellas máximas es: «Las discordias o desavenencias se deben sofocar en un principio, como se sofocan los incendios».

CAPITULO VII

Demócrito

Nació en Abdera, ciudad de Tracia. En casa de sus padres se alojó Jerjes cuando hizo su expedición a Grecia, y agradecido a éstos, les dejó algunos riagos (así denominaban en Oriente a los sabios o eruditos), para que educasen a su hijo. Su amor al estudio le llevó a viajar para instruirse, y llegó hasta las Indias. -Gastó en esto todo su patrimonio; pero a su regreso, habiendo leído a los jueces algunos de sus escritos, los entusiasmó esta lectura de tal suerte, que le dieron una gruesa suma de dinero y le mandaron erigir una estatua.

Demócrito no era afecto a la tristeza: reía siempre y de todo, burlándose de los hombres y de sus vicios y devaneos. Sus conciudadanos, extrañando esta risa continua, y temiendo que fuese una especie de perturbación de cerebro, mandaron venir al famoso médico Hipócrates para que lo examinase.

Después de haberlo hecho, les contestó que muchos que se tenían por muy cuerdos lo eran harto menos que el pretendido demente. Es igualmente falso el que, como se dijo, se hubiese cegado voluntariamente para meditar sin distraerse.

No pudiendo consolarse el rey Darío Oco de la muerte de su mujer, le dijo Demócrito que la resucitaría, siempre que Darío le proporcionase, para grabar sobre el sepulcro de la reina, los nombres de tres personas exentas de las adversidades de la vida, y como el hallarlas era imposible, esta lección enseñó al rey a conformarse con lo que la suerte le deparaba.

Demócrito murió a los años de edad, antes del nacimiento del Hombre-Dios. No se ha conservado ninguno de sus escritos.

CAPITULO VIII

Crates

Nació en Tebas, en la Beocia, y fue discípulo de Diógenes el Cínico. Según la regla de su secta, vendió sus bines, cuyo producto confió a un banquero, encargándole que se los entregase a sus hijos, si no fuesen bastante cuerdos para hacerse filósofos, y si lo fuesen que lo repartiese al público. Era jorobado, feo y tan desaseado, que causaba repulsa y asco; a pesar de esto, inspiró una violenta pasión a Hiparcia, hermana del filósofo Metroclo. Hizo cuanto pudo para disuadirla del empeño que tenía de unirse a él; pero Hiparcia persistió en su extraño empeño y se casó con él. Son absurdos los pormenores que se han contado sobre las extravagantes condiciones que puso Crates a su consentimiento. Tuvo dos hijas, que casó con dos discípulos suyos, y vivió años antes del nacimiento de Nuestro Redentor.

Era sufrido y sobrellevaba los malos tratamientos sin devolverlos. En una ocasión un hombre llamado Nicodremo le dio una bofetada tal, que le hinchó el carrillo, de lo que no tomó más venganza que poner debajo del hinchado carrillo un letrero que decía: «Nicodemo^o lo ha hecho». Alejandro *el Grande* tuvo curiosidad de conocer a este Cínico, y le preguntó si deseaba que volviese a reconstruir su ciudad natal, Tebas. -¿Para qué? contestó Crates, ¿para que venga otro Alejandro y la vuelva a destruir? -Cuando le preguntaban para qué servía la filosofía, contestaba: para aprender a contentarse con vegetales y a vivir sin cuidados y sin inquietudes. Atribúyesele esta singular tarifa de gastos: se debe pagar al cocinero, diez minas; al médico, una dracma; a un adulador, cinco talentos; a un amigo de dar consejos, humo, y a un filósofo, tres óbolos.

CAPITULO IX

Diógenes

Llamado el Cínico, nació en Sínope, ciudad del Ponto, de la cual fue desterrado como monedero falso, lo que había sido igualmente su padre.

Dirigióse a Atenas, y teniendo talento quiso aprender la filosofía con Antístenes, creador de la escuela que se llamó «Cínica», unos dicen que por haberse establecido primero en un arrabal llamado Cinosargo (lo que significa perro blanco), y otros que por razón de ladrar estos filósofos contra los demás hombres, y morderlos, como perros. -Antístenes, vistos sus malos antecedentes, no quiso recibirlo en su escuela; Diógenes insistió, el maestro cogió un palo para pegarle; «pegad cuanto gustéis, le dijo Diógenes; mientras tengáis algo que enseñarme, no hallaréis palo bastante fuerte para alejarme». Y así fue, no teniendo el maestro más celoso discípulo. Habiendo agradado mucho a Diógenes aquella escuela, que le prometía la celebridad y prescribía el desprecio de las riquezas, no poseyendo él ninguna, tomó el uniforme de la secta, que era un palo y unas alforjas, a lo que añadió un tonel que le servía de morada, y que llevaba siempre consigo como el

caracol la suya; mas a pesar de estas señales de pobreza, no se crea que fuese modesto, siendo por el contrario extremadamente orgulloso. Así fue que, habiendo entrado un día con su asqueroso traje en casa de Platón, se puso a pisotear una alfombra, diciendo: «Pisoteo el fausto de Platón»; a lo que éste le contestó: «Sí, pero con otra especie de fausto». Es muy conocida su respuesta a la pregunta que le hizo Alejandro *el Grande* de qué cosa podría hacer por él, y fue que se desviase un poco para no quitarle el sol. También lo es su ocurrencia de salir un día llevando en la mano una linterna encendida, y lo que respondió cuando le preguntaron el por qué lo hacía, y fue que «buscaba a un hombre»; con lo que daba a entender su acerba sátira que aun no había hallado ningún mortal digno de ese nombre. -Cayó cautivo; sus amigos quisieron rescatarlo, pero no quiso. «¡Qué necesidad! les dijo, ¿no veis que los verdaderos esclavos son los que nos alimentan y alojan?». Lo compró un noble de Corinto, que le confió la educación de sus hijos, y en cuya casa murió a los años, antes de la Era cristiana. -Fue un hombre de talento; pero de tan laxas ideas sobre moral y de tan depravada conducta, que ha dado margen a que se dijese entonces, y se haya repetido después, que se debía volver la vista del fondo de su tonel o cuba, es decir, de su vida privada. Éstas son algunas de sus máximas:

. El maldiciente es una fiera salvaje, la más cruel; el adulator es un animal doméstico, el más peligroso.

. Los oradores piensan más en hablar bien que en obrar bien.

. El amor es la ocupación de los ociosos.

. Haz con los grandes como con el fuego, ni muy lejos ni muy cerca.

CAPITULO X

Aristipo

Era natural de Cirene, discípulo de Sócrates y fundador de la secta filosófica denominada Cirenaica, porque se alejó completamente de la doctrina de su sabio maestro. -El fondo de su filosofía, que era que el hombre ha nacido para gozar, que son los goces el bien soberano, le atrajo muchos partidarios. Dionisio, primer tirano de Siracusa, habiéndole preguntado: -¿Por qué los filósofos concurrían tanto en casa de los grandes y éstos no se veían nunca en casa de los filósofos? -Es, contestó Aristipo, porque los médicos son los que van a casa de los enfermos, y no los enfermos a casa de los médicos.

Si Aristipo supiera contentarse con comer legumbres, decía Diógenes el Cínico, no se rebajaría a hacer la corte a los grandes; lo que sabido por Aristipo contestó: si Diógenes el Cínico supiese hacer la corte a los grandes, no tendría que contentarse forzosamente con comer legumbres.

Un día que le estaban zahiriendo con pullas y burlas, se levantó tranquilamente y se alejó. -El que le había hostilizado le siguió, y alcanzado que le hubo, le preguntó por qué se iba. -Es, contestó, porque si sois dueño de asestarme vuestros tiros, tan dueño soy yo de evitar el recibirlos.

A la pregunta que le hicieron de que cuál era la superioridad que tenían los filósofos sobre los demás hombres, contestó: Consiste en que, si no hubiese leyes, vivirían como si las hubiese.

Vivió años antes del nacimiento del Señor. Compuso varios libros de historia y de moral, que no se han conservado.

CAPITULO XI

Pitágoras

Hijo de un escultor, nació en Samos años antes de la Era cristiana. Fue discípulo de Ferecidas, filósofo de la isla de Scyros, que enseñaba en su doctrina que era inmortal el alma, y que fue uno de los primeros griegos que escribió en prosa. Viajó después, para adquirir más conocimientos, por el Egipto, la Caldea y el Asia Menor. A su vuelta a Samos, hallando la soberanía en manos del usurpador Policrato, se estableció en Crotona, en la casa de Milón, famoso atleta que ganó muchos premios en los juegos Olímpicos, que se echaba sobre los hombros un toro, lo mataba de un puñetazo y se lo comía en un día. La fama de su saber se esparció por todas partes de tal suerte, que en breve contó discípulos. Exigía que sus discípulos vendiesen sus bienes y viviesen en comunidad; prohibía que se matasen los animales y que sirviesen de alimento al hombre. El sistema que creó y siguió fue el de la metempsicosis, esto es, la transmigración de las almas de un cuerpo a otro; era éste el primer dogma de su filosofía. Estaba tan penetrado de esta quimera, que probablemente le imbuirían los brahmanes de la India, que aseguraba recordar lo que había sido antes de ser Pitágoras. En lo demás su moral es muy racional y pura, y contribuyó este gran filósofo con ella en gran manera a mejorar las costumbres. «No se debe hacer guerra más que a cinco cosas, solía decir: a las enfermedades del cuerpo, a la ignorancia de la inteligencia, a las pasiones del corazón, a las sediciones de los pueblos y a las discordias de las familias. Estas cinco cosas se deben combatir de todos modos con el hierro y con el fuego».

Nada de cierto se sabe sobre la época de su muerte ni dónde acaeció; pero sí se cree que murió tranquilamente en Metaponto, años antes de la venida del Señor. Se le hicieron extraordinarios honores después de su muerte, y su casa fue convertida en templo. Dejó una hija llamada Damo, tan instruida como juiciosa, que nunca se casó, y formó una asociación de jóvenes, que cual ella renunciaron al amor y al matrimonio. Éstas son algunas de sus máximas:

. No se debe abandonar nuestro puesto sin la voluntad del que nos ha colocado en él. El puesto del hombre es la vida.

. El hombre está muerto en la borrachera del vino y loco en la del amor.

. La sobriedad y templanza es la fuerza del alma, y el imperio sobre las pasiones su luz.

CAPITULO XII

Epicuro

Epicuro nació en Gargeria, en el Ática, años antes de la Era cristiana, de padres pobres. Desde la edad de doce a trece años mostró su afición al estudio y al saber. Un día, habiéndole dicho su maestro que el caos fue la primera cosa creada, le preguntó el niño: ¿pero quién creó el caos? Eso quien podrá saberlo serán los filósofos, contestó el maestro; pues entonces quiero estudiar filosofía, repuso el niño.

Después de aprenderla y de haber recorrido muchos países para aumentar sus conocimientos, abrió escuela en Atenas. Encantaba con su trato dulce y grave y sus buenas maneras a cuantos le trataban. Daba sus lecciones en un hermoso jardín, recostado con sus discípulos sobre el césped entre flores. La doctrina que enseñaba era que la felicidad del hombre consiste en gozar, no en los placeres que procuran los vicios ni los sentidos, sino en los que procuran el entendimiento y la virtud. A pesar de esta aclaración, la doctrina era demasiado escandalosa para que no fuese fuertemente combatida aun entre los gentiles. Los filósofos estoicos, sobre todo, le hicieron cruda guerra. Epicuro no contestó a los ataques y calumnias que contra su persona corrieron, y sólo las refutó llevando una vida austera, estudiosa y ejemplar, y murió a los años de un mal de la vejiga, dando libertad a todos sus esclavos que por su buena conducta hubiesen merecido esta gracia. «Es preciso convenir, dice un autor erudito, en que en todas partes donde penetró la doctrina de Epicuro hizo mucho mal, fuese a causa de no interpretarse bien, o a causa de estar ya corrompidos los que la admitieron. Acabó de corromper a los romanos, apagando en ellos el valor, el amor patrio, la grandeza de alma; y por ella entraron el vil interés, la sed de oro, el lujo, la molicie, la intemperancia y el libertinaje».

CAPITULO XIII

Epitecto

Epitecto, aunque vivió en Roma, era griego, nacido en Hierápolis, en Frigia. Fue esclavo de Epafrodito, liberto de Nerón; pero este esclavo tenía un alma tan grande y un talento superior, por lo cual estuvo conforme con su suerte. -«Estoy, decía, en el lugar que me ha destinado la Providencia, y quejarme sería ofenderla». -Un día que su bárbaro amo le dio

un fuerte golpe en la pierna, le dijo Epitecto con moderación: que no pegase tan fuerte que iba a quebrársela; pero Epafrodito redobló la fuerza del golpe y se la rompió: ¿no os lo advertí? dijo sin conmoverse este sabio. Era pequeño y contrahecho, pero la moral que practicaba y enseñaba era digna de un cristiano; sus dos puntos principales eran: «saber sufrir y saber abstenerse». Reconocía la inmortalidad del alma, y condenaba el suicidio, que los filósofos de la escuela estoica creían permitido al hombre. -Arrio, historiador griego que mereció el epíteto de Nuevo Jenofonte, fue su discípulo y publicó cuatro libros de discursos que había oído de su maestro, que se llamaron «*El Manual de Epitecto*». Tan bello es este libro, que hasta San Agustín y San Carlos Borromeo lo leyeron con placer, y los hombres más pervertidos han sacado provecho de su lectura.

Según su opinión el estudio de la filosofía, para que aprovechara, necesitaba un alma pura. Un hombre corrompido y vicioso deseó ser discípulo suyo. ¿A qué, insensato? le dijo el filósofo; necesario es que esté puro el vaso para recibir su contenido, pues de lo contrario todo se corrompería en él. -Hacemos muy mal, decía, en culpar a la pobreza de hacernos infelices; quien nos hace serlo es la ambición y nuestros insaciables deseos. -Domiciano desterró a Epitecto de Roma; pero volvió allí después que aquél hubo muerto. Marco Aurelio, al contrario, lo apreciaba mucho, y murió, reinando éste, a una edad muy avanzada. La lámpara de barro con que alumbraba la estancia en que daba sus lecciones de filosofía, se vendió poco tiempo después de su muerte en tres mil dracmas.

Estos son unos fragmentos de una oración que deseaba hacer al morir. «Señor, ¿he quebrantado vuestros mandamientos? ¿he abusado de los dones que me habéis hecho? ¿no os he sometido mis sentidos, mis votos y mis opiniones? Sumiso estoy; la menor indicación de vuestra parte es para mí un inviolable decreto», etc.

CAPITULO XIV

Teofrasto

Teofrasto, filósofo griego, era hijo de un batanero de Lesbos. Platón fue su primer maestro. De la escuela de éste pasó a la de Aristóteles, en la que se distinguió mucho. Su nuevo maestro estaba tan complacido de la perspicacia de su talento y de la facilidad y gracia de su elocución, que le cambió su nombre, que era Tirtamo, por el de Teofrasto, que significa «lenguaje divino». Temiendo la suerte de Sócrates, se vio precisado Aristóteles a salir de Atenas, lo que hizo años antes del nacimiento de Nuestro Señor. Cedió su escuela a Teofrasto, y le entregó sus escritos, con la condición de conservarlos ocultos, así es que por medio de sus discípulos han llegado a la posteridad las obras del maestro.

El nombre de Teofrasto cundió tanto y se hizo tan célebre, que reunió en su Liceo alumnos. Las sobresalientes prendas que lo adornaban, le adquirieron, no sólo el aprecio del pueblo, sino el de los reyes. Fue amigo de Casandro, rey de Macedonia, sobrino de Alejandro *el Grande*. Murió a una edad muy avanzada, sin haber nunca dejado de

trabajar. Dice Cicerón que al morir se quejó de la Naturaleza, porque concedía a los ciervos y a las urracas una vida más larga que al hombre.

La mayor parte de los escritos de Teofrasto se han perdido; los que han quedado son: una historia de las piedras, un tratado sobre las plantas y sus «*Caracteres*», obra que compuso a los años, que ha sido traducida y comentada, y que, aunque con pormenores vulgares y mezquinos, contiene, según dicen, lecciones de moral muy útiles. Éstas son algunas de sus máximas:

. Se debe uno más bien fiar de un caballo sin freno que de un hombre sin cordura.

. Lo que hace peor en malgastar el hombre es el tiempo.

. No se debe amar a sus amigos para probarlos, sino probarlos para amarlos.

Ya os he enumerado, niños míos, los filósofos más sobresalientes de Grecia, y os he dado una idea de sus doctrinas. Admira, o más bien espanta, el ver que aquellos hombres sumidos en las tinieblas y faltos de la divina luz de la revelación, sólo por el poder de su grande inteligencia y la profundidad de sus reflexiones, se fuesen acercando tanto, no sólo a una sana moral humana, sino también a las verdades divinas, como lo hicieron Sócrates y Epitecto, y que los filósofos modernos, cerrando los ojos a la luz del cielo que les rodea, se hundan voluntariamente en las tinieblas, formando con sus variados sistemas un espantoso caos, triste, pero seguro fin, a que llega el saber del hombre cuando se aparta de la verdad.

CAPITULO XV

Herodoto

Herodoto, que es llamado el Padre de la Historia, nació en Halicarnaso, en la Paria, años antes del nacimiento del Salvador. Joven, fue a Samos, y después viajó por Egipto, por Italia y por toda la Grecia.

Volvió a su patria y expulsó de ella al tirano Ligdamis; pero esto mismo, en vez de gratitud, le suscitó émulos y enemigos, por lo que se vio en la precisión de salir de allí. Fuese a Grecia, y en los juegos Olímpicos leyó la historia que había escrito, la que fue tan celebrada, que dieron el nombre de las nueve musas a los nueve libros en que se divide. Esta historia contiene, además de la relación de las guerras de los persas y de los griegos, desde el reinado de Ciro hasta el de Jerjes, la historia de casi todas las demás naciones. Concluyóla Herodoto a tiempo de la guerra del Peloponeso, y la escribió en dialecto jónico.

Hase dicho que es Herodoto, como historiador, lo que Homero como poeta y Demóstenes como orador. Dicen los eruditos que su estilo es suave, noble y ameno; pero que los

hechos que refiere, ni son siempre ciertos ni acertadamente escogidos; refiere cosas, añaden, que aunque no afirma, debería haber omitido por fabulosas; así es que se ha dicho de él que, si es padre de la historia, lo es igualmente de la ficción.

CAPITULO XVI

Epaminondas

Después de haberos hablado de los sabios y de los filósofos, os hablaré, niños míos, de los que entre los griegos sobresalieron como hombres de Estado o como guerreros, y entre éstos empezaré por Epaminondas, cuyas virtudes han realzado tanto sus cualidades. Era tebano, y descendía de los reyes de Beocia. Aplicóse desde muy niño al estudio de las letras, de las bellas artes y de la filosofía. Le dieron el mando de las tropas; empezó por combatir con los lacedemonios, con el general Pelópidas, y estos dos hombres grandes, en lugar de rivalidad, entablaron la más estrecha amistad. Este último, por consejo del primero, libertó su patria del yugo de sus aliados los lacedemonios, de lo que se originó una guerra, siendo elegido Epaminondas general de los tebanos. Ganó la famosa batalla de Leuctres, en la Beocia. «Me alegro, dijo en aquella ocasión, de este triunfo, por el placer que causará a mi padre y a mi madre». Entró en Laconia con . hombres, y se hizo dueño de casi todas las ciudades del Peloponeso. Cuando volvió a su patria, en lugar de recibirlo en triunfo, lo encarcelaron y condenaron a morir, porque existía una ley que prohibía tener el mando de las tropas arriba de un mes. Epaminondas pidió que se escribiese sobre su sepulcro «que había perdido su vida por haber salvado a la república». Esto hizo que los tebanos entrasen en sí y le restituyesen el mando. Llevó la guerra a Tesalia, alcanzando continuos triunfos. Habiendo estallado la guerra entre los elzenos y los de Mantinea, acudieron los tebanos en auxilio de los primeros; en la primera batalla recibió este general una herida mortal en el pecho, que le causó la muerte a los años de edad y antes de la Era cristiana. Antes de espirar preguntó que quiénes vencían; fuele contestado que los tebanos: «He vivido, pues, bastante, repuso, si dejo victoriosa mi patria».

Austero, insensible a las pasiones, indiferente así a las riquezas como a la fama, gran guerrero, hombre de bien, daba continuamente lecciones de virtud a sus conciudadanos. En un lujoso y suntuoso convite pidió que le sirviesen manjares más sencillos; y respondió cuando le preguntaron por qué lo hacía: «No quiero olvidar cómo se come en mi casa». Un escudero suyo recibió una fuerte cantidad de dinero por el rescate de un prisionero que había hecho. «Retírate, le dijo este general, pues tus riquezas te apegarán demasiado a la vida para que puedas exponerte a la muerte como hacías cuando eras pobre». De Epaminondas se hizo el bello elogio siguiente: «Que nadie sabía más y hablaba menos».

CAPITULO XVII

Pelópidas

General tebano, de que ya os hablé en el anterior capítulo. Después de la batalla de Leuctres, se distinguió en el sitio de Esparta. Persuadió a los tebanos a que hiciesen la guerra al tirano de Feres, que se llamaba Alejandro, el que algunos años después fue asesinado por su mujer, a lo que ayudaron sus tres hermanos. El ejército con que emprendió esta campaña era menos numeroso que el que tenía el tirano; habiéndosele advertido, contestó: «Mejor, así será mayor el número de vencidos».

Cayó prisionero; pero no perdió su arrogancia y echó al tirano sus crímenes en cara. El tirano le preguntó que por qué procuraba que le mandase matar. «Es, contestó, por tal de que merezcas aún más el odio de los dioses y de los hombres, y sucumbas más pronto».

Fue libertado por Epaminondas, y habiéndose expuesto imprudentemente en una batalla por tal de matar él mismo al tirano, fue muerto con las armas en las manos.

Pelópidas tenía un hijo vicioso y mala cabeza. Un día le dijo a Epaminondas, que no estaba casado, que era un mal ciudadano no queriendo casarse y dar hijos a la república. «Mira no la quieras tú mal, respondió Epaminondas, dándole los tuyos».

En una ocasión en que se despedía de su mujer para ir a la guerra, le dijo ésta llorando que mirase por la conservación de su vida. «Eso, contestó Pelópidas, se le dice a los jóvenes; a los jefes no se les ruega sino porque miren por la conservación de la vida de los demás».

CAPITULO XVIII

Jenofonte

Nació en Atenas; su padre se llamaba Grello; fue discípulo de Sócrates, de quien aprendió filosofía y política. Tomó las armas y las llevó en favor de Ciro el joven, en la guerra que sostuvo con su hermano Artajerjes^o. -Este filósofo guerrero se cubrió de gloria por la parte que tomó dirigiendo la famosa retirada que hicieron los diez mil griegos que combatían por Ciro en la batalla de Cunaxa, a veinte leguas de Babilonia, años antes de la Era cristiana. En ella murió Ciro, joven injusto y ambicioso, que combatía contra su hermano para usurparle el trono. A pesar de eso, Jenofonte, de quien se ha dicho que tenía la culta gracia de un ateniense y el vigor y energía de carácter de un espartano, escribió la *Ciropedia*, que es la historia de Ciro *el Grande*, rey de Persia, que se puede considerar como una hermosa, pero no siempre exacta, novela histórica; escribió la historia de la mencionada expedición de Ciro el joven contra su hermano, y la retirada de los diez mil griegos, en las que celebra mucho a este ambicioso mal hermano.

Guerreó también con Agesilao rey de Lacedemonia, distinguiéndose siempre por su gran valor y su gran saber. Cuando concluyó la guerra se retiró a la vida privada en Corinto, en

donde vivió hasta su muerte, que acaeció años antes de la Era cristiana. En el momento en que estaba haciendo un sacrificio a los dioses, coronado de flores, según era uso, le trajeron la noticia de haber muerto su hijo en la batalla de Mantinea, y se quitó la corona de flores; pero cuando añadieron que había muerto como un héroe, se la volvió a colocar sobre las sienes diciendo: «Una muerte así merece señales de regocijo y no de duelo». Como César, fue Jenofonte gran capitán y gran historiador. Ambos tienen fama de haberse expresado con elegancia y corrección. Sus paisanos le denominaban «la abeja griega».

CAPITULO XIX

Milciades y Cimón

Milciades general ateniense, fundó una colonia en el Chersoneso, en Tracia, después de haber vencido a los pueblos que a ello se oponían.

Habiendo los persas declarado la guerra a los atenienses, vinieron con . combatientes sobre Maratón, pequeña ciudad situada a orillas del mar. -El ejército ateniense no contaba sino . hombres y diez jefes, que se unieron todos bajo el mando de Milciades. Este hábil general colocó tan acertadamente sus tropas, que aunque al principio cedieron, se recuperaron y vencieron a los persas, que tuvieron que volverse a embarcar con gran pérdida. Esto fue años antes del nacimiento del Señor. -Algunos años después le dieron el mando de buques que aprestaron para castigar las islas que habían favorecido como aliadas a los persas. Conquistó varias, y estando sitiando a la de Paros, tuvo aviso que llegaban los persas con fuerzas muy superiores, y tuvo que regresar. -Una grave herida que había recibido, le imposibilitó de aparecer en público, de lo que se aprovechó un enemigo suyo para acusarle de estar en connivencia con los enemigos, por lo cual fue condenado a ser arrojado al Baratro, que era una sima que había en Ática, en la que se arrojaban los criminales condenados a muerte. El magistrado se opuso a tan cruel sentencia, y sólo pudo lograr, recordando los muchos y buenos servicios prestados a la república por Milciades, que se conmutase la pena de muerte con una multa de talentos, que no pudo pagar, y fue encerrado en una cárcel, donde poco después murió de resultas de su herida. Su hijo Cimón pidió prestados los talentos para rescatar el cadáver de su padre y darle sepultura.

Cimón siguió con gran valor y fortuna la honrosa carrera de las armas que había sido la de su padre. Conquistó las mejores plazas y los mejores aliados que tenían los persas en Asia; destruyó sus ejércitos y sus escuadras, lo que obligó al rey de Persia a hacer un tratado de paz muy honorífico y ventajoso a los griegos. Cimón fue en la paz hombre tan superior como lo había sido en la guerra; pero no igualó a otros en la ciencia del gobierno, y sus frecuentes ausencias, y su excesiva franqueza, llegaron a causarle el dolor de verse impuesto el castigo del ostracismo, que era un destierro de diez años. Bien

pronto lo necesitaron y lo mandaron a llamar para darle el mando de un ejército destinado a ir a Egipto; pero no pudo cumplir su cometido, porque murió en la isla de Chipre años antes de la Era cristiana.

CAPITULO XX

Homero

Homero, llamado el padre de la poesía griega, vivió años después de la guerra de Troya. No se sabe el lugar de su nacimiento, porque siete ciudades pretendieron la honra de haberlo sido, Smirna, Rodas, Colofon, Salamina, Chio, Argos y Atenas. La opinión más fundada es que vivía alternativamente en todas siete, recitando sus poesías, por lo cual se le ha comparado a los trovadores de la Edad Media. Compuso la *Ilíada*, poema en que refiere la guerra de Troya, y la *Odisea*, poema épico en que canta los viajes y los contratiempos que experimentó Ulises cuando de aquella guerra regresó a sus lares. Ambos poemas constituyen la primera y por consiguiente la más antigua historia de los griegos.

Hase dicho que los dioses que pinta en sus obras son extravagantes, y sus héroes groseros; pero él pintó las cosas tal cual eran, y las creencias tal cual existían en su tiempo. Alejandro *el Grande* apreciaba tanto a este gran poeta, que ponía un ejemplar de sus obras y su espada debajo de su almohada al acostarse, y hallándose ante el sepulcro de Aquiles exclamó: -¡Oh! ¡feliz héroe, que tal poeta tuviste para cantar tus hazañas!

Era hijo de Criteis y discípulo de Fenio, el que, encantado por el juicio y excelente conducta de Criteis, se casó con ella y prohió a Homero. -Muertos sus padres, Homero, que ya proyectaba su *Ilíada*, viajó por toda la Grecia, el Asia Menor y el Egipto.

Retiróse después a Cuma, donde lo recibieron con alborozo y entusiasmo, de lo que se aprovechó para pedir que lo mantuviese el Estado; pero habiendo sido negada su pretensión, salió de allí y prosiguió su vida errante. Estando en una de las islas Esporadas, en camino para ir a Atenas, enfermó y murió allí años antes de la Era cristiana. Después de muerto se le hicieron grandes honores, levantándole estatuas y labrándole templos.

CAPITULO XXI

Esopo

Es el fabulista más antiguo, después de Hesíodo, que inventó las fábulas. Nació en Amorium, pueblecito de Frigia. Fue esclavo de dos filósofos, Xanto e Idmo, este último lo emancipó. Los filósofos de la Grecia se habían hecho célebres por sus graves sentencias y lenguaje altisonante. Esopo tomó un método más llano y más sencillo: hizo

hablar a los animales y cosas inanimadas para dar lecciones a los hombres. La fama de su saber se extendió en breve por toda la Grecia. Creso, rey de Lidia, lo hizo venir a su corte y lo colmó de beneficios.

Esopo se ausentaba a veces de Lidia para viajar. Llegó a Atenas a tiempo que la avasallaba el tirano Pesistrato, y al ver lo mal que llevaban los atenienses aquel yugo, les compuso la fábula de las ranas, descontentas de todo gobierno.

Viajó por Egipto y Persia, esparciendo por todas partes sus festivas lecciones de moral. A su vuelta a la corte de Creso lo envió este soberano a Delfos para hacer un sacrificio a Apolo; desagradó a aquellos habitantes, a causa de la fábula que les compuso de los leños flotantes sobre el agua, que de lejos parecen algo y de cerca no son nada, y fue tanto su encono, que lo mataron arrojándole de una alta roca. Toda la Grecia sintió su muerte, y en Atenas le levantaron una estatua. Refiérese la hermosa respuesta que dio a Chilón uno de los sabios de Grecia que le preguntaba en qué se ocupaba Júpiter. «En rebajar las casas altas y en levantar las pequeñas», respondió Esopo.

Sócrates puso algunas de sus fábulas en verso, estando encarcelado; el severo Platón que consideraba los poetas como corruptores de la Humanidad, llamaba a Esopo su preceptor.

Se debe a un monje griego, Planudes, la recopilación y conservación de las fábulas del insigne moralista.

CAPITULO XXII

Hesíodo

Poeta que nació en Cuma y fue contemporáneo de Homero. Fue el primero que escribió en verso sobre agricultura; más poeta que filósofo, Hesíodo señala en sus escritos los días felices y los aciagos.

El poema que compuso sirvió a Virgilio, según él mismo afirma, para componer sus «*Geórgicas*». Compuso además la «*Teogonía o Genealogía de los dioses*» y el «*Broquel de Hércules*». El primero, así como los escritos de Homero, son el archivo en que se ha conservado la teología de los griegos.

Pausanias

Hay dos Pausanias: el uno fue un general lacedemonio que combatió con valor y fortuna contra los persas; pero que se dejó seducir por los malos consejos del rey de Persia y fue

traidor a los intereses de su patria. A su vez fue vendido por un esclavo suyo, que entregó a los magistrados una carta de que era portador. El culpable general huyó y se refugió en el templo de Minerva; pero tabicaron la puerta del templo, colocando su propia madre la primera piedra, y le dejaron morir de hambre.

El otro Pausanias es historiador y orador conocido, que murió en edad muy avanzada. Lo que le ha dado más renombre es su «*Viaje histórico por Grecia*», escrito en diez libros. Es lectura muy útil para los que se aplican al estudio de la historia antigua. Narraba bien, según los inteligentes; pero era muy crédulo y recogió, dándoles crédito, todas las tradiciones populares.

Píndaro

Píndaro, que es el rey de los poetas líricos, nació en Tebas años antes de la Era cristiana. Compuso gran número de poesías, pero sólo han quedado sus odas. Habiéndole impuesto la ciudad de Tebas una fuerte multa por haber hecho entusiastas elogios de la ciudad de Atenas, ésta se apresuró a satisfacer la multa. Fueron sus maestros en poesía Laso y una señora llamada Mirtis.

Sófocles

Sófocles fue tan gran poeta, que mereció ser apellidado la «Abeja» y la «Sirena ática». Como guerrero señalóse ventajosamente, así como magistrado; aumentó el brillo del teatro griego, al par de Eurípides, del que fue émulo, siendo ambos igualmente admirados y aplaudidos. Compuso ciento veinte tragedias, pero no se han conservado más que siete. Habiendo en una edad muy avanzada ganado el premio en los juegos Olímpicos, dícese que murió de gozo.

Eurípides

Eurípides, contemporáneo de Sófocles y su competidor como poeta dramático, compuso tragedias de las cuales sólo quedan . Fue tratado con malevolencia por los demás poetas y aun por el público. En una ocasión en que éste exigía que suprimiese unos versos en una de sus tragedias que se representaba, subió al escenario y con la autoridad que su gran saber y su genio le daban sobre su auditorio, les dijo: «No escribo mis obras para que me enseñéis, sino para enseñaros». La bella moral de sus piezas la aprendió en la escuela de Sócrates, del que fue discípulo. Cansado de la malevolencia de que era víctima en su patria, se ausentó de ella y pasó a Macedonia, en donde Arquelao le nombró ministro de su reino, donde murió trágicamente despedazado por unos perros en un paseo solitario.

Esquiles

Esquiles se distinguió por su valor en las batallas de Maratón y de Salamina; pero mucho más por sus poesías dramáticas. Perfeccionó la tragedia griega, inventada por Tespis, y es anterior a Sófocles y Eurípides, y habiendo éstos eclipsado su gloria, Esquiles, que era muy anciano, vio en la preferencia que alcanzaban sus émulos una afrenta y se trasladó a la corte del rey de Siracusa Hierón. Dícese que allí murió de una manera extraña, ocasionada por haber dejado caer una águila sobre su cabeza, mientras dormía en el campo, una tortuga que llevaba en sus garras.

CAPITULO XXIII

Hipócrates

Es éste el más célebre médico de la antigüedad, y nació en la isla de Cos, una de las Cíclades, hacia el año antes de la Era cristiana; este gran médico desterró de Atenas la horrorosa peste que sufría al principio de la guerra del Peloponeso, recompensándole los atenienses este gran servicio con el derecho de ciudadanía y con una corona de oro.

Tan buen patricio como buen facultativo, rehusó las grandes sumas y altos honores que le ofreció Artajerjes, «Mano larga», porque se estableciese en su corte, respondiendo a estas ofertas que se debía todo a su patria y no a extraños. El rey, incomodado de esta respuesta, intimó a la ciudad que le entregase a Hipócrates, a lo que aquélla se negó con entereza. Su virtud, su desinterés y su modestia igualaron a su gran saber. En una de sus curas erró, lo que consignó por escrito con el fin de prevenir en otros semejante error. Él fue el que instituyó las juntas de facultativos, diciendo que un médico no debía avergonzarse de consultar a otros sobre la manera de curar una enfermedad. Todos los médicos admiran hoy su saber, y muy pocos le igualan. Este hombre sabio cogió el fruto de su ciencia, pues vivió más de cien años, sano de cuerpo y enteras sus facultades intelectuales. Murió en Larisa (Tesalia), en donde se le hicieron los mismos honores que se hicieron a Hércules. Recibió de los médicos el sobrenombre de «Divino». Subsisten varias obras de este genio de la Medicina. Sus «*Aforismos*» son considerados como oráculos. Se conservan también sus «*Pronósticos*» y un tratado sobre los vientos, que llaman su obra maestra, y sus «*Tratados*»; sobre todas estas obras se han escrito muchos comentarios.

CAPITULO XXIV

Demóstenes

Os he hablado, niños míos, de los sabios, de los legisladores, de los filósofos, poetas, guerreros, escritores, etcétera, principales de la Grecia; ahora os hablaré de su primer

orador, el que, cual los otros, pasa aún hoy día como el tipo de la perfección en los respectivos géneros en que sobresalían.

Demóstenes fue tenido por el príncipe de los oradores, rango que le concedía su mismo competidor Cicerón. Nació en Atenas; no fue hijo de un herrero, como se ha dicho, sino de un hombre que tenía herrerías, que murió cuando su hijo sólo contaba siete años. Sus tutores le usurparon casi todos sus heredados bienes, y a los diecisiete años pleiteó y habló en el tribunal para defender sus derechos, obligando a sus contrarios a devolverle gran parte de sus bienes. Tenía un defecto de pronunciación, que corrigió con hablar con chinitas en la boca, lo que puso su lengua expedita. -Para acostumbrarse a hablar sin que el ruido ni los murmullos le perturbasen, iba a la playa en días de borrasca, y pronunciaba un discurso entre el bramido de las olas y del huracán. De noche se encerraba en un sótano con una lamparilla o candil encendido para componer sus arengas, por lo cual decían sus contrarios «que olían a aceite». -Después de haber defendido varias causas particulares, tomó cartas en los negocios públicos. Habló contra Filipo, rey de Macedonia, y aun salió a batirse en la batalla de Cheronea, dada años antes de la Era cristiana; pero como hablar no es lo mismo que batirse, echó a correr. Después de muerto Filipo, habló con la misma vehemencia en contra de su hijo Alejandro *el Grande*; pero habiéndole Alejandro ganado a sí, regalándole una copa de oro, esto se supo, y tuvo que expatriarse.

Después de la muerte de Alejandro regresó a Atenas, donde volvió a hacer arengas contra los macedonios. Su rey Antípatro exigió de los atenienses que le fuesen entregados los oradores que clamaban contra él, lo que, sabido por Demóstenes, huyó; pero perseguido por los soldados macedonios, y a tiempo de caer en sus manos, tomó un sutil veneno que llevaba en el cañón de una pluma. Los atenienses le erigieron una estatua de bronce con esta inscripción: «Demóstenes; si hubiese tenido tanta fuerza como elocuencia, nunca el Marte macedonio hubiese triunfado de Grecia».